

“Así será mi palabra”

“Así como la lluvia y la nieve descienden del cielo y no regresan a él sin haber regado la tierra y haberla hecho brotar y florecer, de modo que produzca semilla para el sembrador y pan para el que come, así es mi palabra que sale de mi boca: no regresará a mí vacía, sino que cumplirá lo que yo deseo y logrará el propósito para el cual la envié”.

Isaías 55:10, 11

La Palabra de Dios revela el plan divino para la reconciliación de la raza humana, maldita por el pecado y condenada a la muerte. En nuestro texto se nos da la bendita seguridad de que el propósito de Dios no fallará, de que él hará que se cumplan las cosas pronunciadas por su Palabra. Esta es una de las lecciones importantes que aprendemos cuando nos familiarizamos por primera vez con el glorioso plan de Dios. ¡Qué bendición es tener esta seguridad! Nos da un fundamento firme para la fe y nos permite regocijarnos en la esperanza que se nos presenta en el Evangelio.

Nuestro texto no solo nos consuela con la seguridad de que Dios está dispuesto, por su gracia, y es plenamente capaz de cumplir el propósito amoroso que ha revelado a través de su Palabra, sino también de que la propia Palabra tiene una función que cumplir. Esto también se llevará a cabo de manera eficaz, de acuerdo con el propósito divino. El apóstol Pablo nos asegura que la Palabra de Dios

es “viva” y “poderosa”, más afilada que una “espada de doble filo”. (Hebreos 4:12). La Palabra de Dios revela su plan. Él también la utiliza para llevar a cabo gran parte de ese plan. Esto es especialmente cierto con respecto a la manifestación de su voluntad en los corazones y las vidas de su pueblo consagrado. En este sentido, ¡qué bendición es darnos cuenta de que, si nos sometemos sin reservas a la influencia de la Palabra divina, seremos santificados por ella y hechos “dignos de participar de la herencia de los santos en la luz!” Colosenses 1:12

Una lámpara para nuestros pies

El salmista escribió que la Palabra de Dios era una lámpara para sus pies y una luz para su camino (Salmo 119:105). Además, escribió: “La enseñanza de tu palabra da luz, para que hasta el sencillo pueda entender” (Salmo 119:130). ¡Cuánto necesitamos también nosotros esta iluminación! La gente del mundo está sumida en la oscuridad, pero por medio de su Palabra Dios nos da luz: “la luz del conocimiento de la gloria de Dios” (2 Corintios 4:6). Pablo dice que esta luz ha “resplandecido en nuestros corazones” por medio del Evangelio, y aunque todavía estamos en un mundo en tinieblas, ahora podemos ver nuestro camino.

La luz es un símbolo de conocimiento, de entendimiento, ¡y cuán maravilloso es el entendimiento que el Señor nos ha dado a través de su Palabra! Hemos sido bendecidos con el conocimiento del plan de Dios, tanto para nosotros mismos como para el mundo. En nuestro caminar diario por el camino estrecho, nuestros pasos son guiados por la Palabra. Podemos confiar en sus directrices para que nos guíen correctamente —eso

sí, si somos sinceros y humildes al aplicarlas. Santiago escribió: “Si alguno de ustedes carece de sabiduría, pídala a Dios, quien da a todos generosamente sin reproche, y se le dará” (Santiago 1:5). Es a través de su Palabra que Dios responde a nuestras oraciones por sabiduría. Si buscamos diligentemente esta sabiduría, nuestro camino se volverá “como la luz que brilla, que resplandece cada vez más hasta el día perfecto”. Proverbios 4:18

Nos alimentamos de la Palabra

La Palabra de Dios también se compara con el alimento. Esto se debe a que nos nutre a cada uno de nosotros como “nueva criatura” en Cristo Jesús (2 Corintios 5:17). A medida que nos alimentamos de ella, nos volvemos “fuertes en el Señor y en el poder de su fuerza” (Efesios 6:10). A través de este alimento espiritual crecemos hasta alcanzar la estatura de la madurez espiritual en Cristo Jesús. Citando a Moisés, Jesús le dijo al adversario: “No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Mateo 4:4; Deuteronomio 8:3

Jesús se refirió a la Palabra de Dios como alimento en una de sus promesas relativas al fin de la era actual y al tiempo de su segunda presencia. Les dijo a sus discípulos que, cuando regresara, se “ceñiría” y serviría a la familia de la fe con “alimento a su debido tiempo”. (Lucas 12:37; Mateo 24:45). ¡Cuán abundante ha sido el banquete de la Verdad del que hemos disfrutado gracias al cumplimiento de esta promesa! Todo ello es la Palabra de Dios: aquello que ha salido de su boca.

Aguas refrescantes

La Palabra de Dios también se compara con el agua. Es refrescante, vigorizante y vivificante. Cuán secas y desérticas serían nuestras vidas sin las aguas refrescantes de la Verdad. Nos regocijamos en la seguridad dada por el Maestro de que se proporcionará abundante alimento y bebida espirituales a aquellos que “tienen hambre y sed de justicia”. (Mateo 5:6). Jesús prometió que estos serían “saciados”. Esto ha demostrado ser cierto. Cuán refrescante y saciante ha sido la Palabra de la Verdad.

Además, la Palabra de Dios se representa con agua debido a su efecto purificador en nuestras vidas. Pablo escribió acerca de que somos purificados “con el lavado del agua por medio de la palabra”. (Efesios 5:26). Esta función de la Palabra de Dios fue prefigurada por el agua de la pila que se encontraba en el atrio que rodeaba el Tabernáculo de Israel. Allí se lavaban los sacerdotes, y para nosotros, el futuro “sacerdocio real”, la Palabra es un lugar de purificación de las faltas y manchas de nuestra carne caída. 1 Pedro 2:9

Una armadura de protección

“Su verdad será tu escudo y tu protección”, escribió el salmista (Salmo 91:4). Como cristianos, cada uno de nosotros es un “soldado de Jesús” (2 Timoteo 2:3). Estamos librando la “buena batalla de la fe” (1 Timoteo 6:12). Los soldados tienen enemigos que luchan contra ellos, y nuestros enemigos son el mundo, la carne y el diablo. Contra estos enemigos, la Palabra de Dios es como una armadura de protección inexpugnable. Satanás y los poderes

invisibles aliados con él son especialmente poderosos, y Pablo nos dice que para “resistir” contra ellos necesitaremos “revestirnos de toda la armadura de Dios”. Efesios 6:11

Pablo identifica cada parte de esta armadura y explica cómo nos protege contra todos “los dardos encendidos del maligno” (Efesios 6:16). Está el “yelmo de la salvación” (Efesios 6:17). Esto representa muy bien nuestro conocimiento de la Verdad. Es esencial que conozcamos la Palabra de Dios para enfrentar al adversario. Cuando Satanás atacó a Jesús mientras salía del desierto, su conocimiento de la Palabra de Dios fue su protección. Contra cada dardo encendido de la tentación, la defensa del Maestro fue: “Escrito está” (Mateo 4:4, 7, 10). Así deberá ser con nosotros si queremos ser soldados exitosos de Cristo.

Otra parte de la armadura del cristiano es la “coraza de la justicia” (Efesios 6:14). La coraza de una armadura antigua estaba diseñada para proteger el corazón y otros órganos vitales. La Palabra dice: “Guarda tu corazón con toda diligencia, porque de él brotan los manantiales de la vida”. (Proverbios 4:23). Sabemos que el Señor no nos juzga según las imperfecciones involuntarias de nuestra carne caída, pero el adversario se esfuerza por desanimarnos en este sentido. Él quiere hacernos creer que de poco sirve que intentemos agradar al Señor, porque siempre quedaremos muy por debajo del estándar divino de justicia. Sin embargo, también en esto la Palabra nos brinda protección, pues nos asegura la amorosa provisión de nuestro Padre Celestial a través de Cristo, de que nuestra posición

de justicia, o la justificación, está en él y no en nosotros mismos. Romanos 5:1

Como resultado, cuando el adversario lanza sus dardos ardientes de desánimo, no logran hacernos daño, pues recordamos la seguridad protectora de la Palabra que declara: “¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Es Dios quien los justifica. ¿Quién es el que condena? Es Cristo quien murió, más aún, quien resucitó, quien está a la diestra de Dios, quien también intercede por nosotros”. Romanos 8:33, 34

Pablo menciona el “escudo de la fe” como aquella parte de la armadura cristiana diseñada para apagar todos los dardos ardientes de Satanás (Efesios 6:16). Es la “fe que fue entregada una vez para los santos” (Judas 1:3). Sin embargo, no basta con tener simplemente conocimiento de esta fe. También debemos tener plena confianza y fe en ella. Por lo tanto, el simbolismo del “escudo de la fe” también incluye nuestra creencia en las “preciosas promesas” de Dios (2 Pedro 1:4). La plena confianza en el plan y el propósito divinos, incluyendo la forma en que la providencia de Dios obra en nuestras vidas, nos proporciona un baluarte de fortaleza contra todos y cada uno de los esfuerzos que Satanás pueda hacer para destruirnos como nuevas criaturas.

También está “la espada del espíritu, que es la palabra de Dios”. (Efesios 6:17). Esta es la parte ofensiva de nuestra armadura. Con ella combatimos a nuestros enemigos, pero no es una espada carnal. Ninguna de las armas de nuestra contienda, dice Pablo, es carnal, sino “poderosas por medio de Dios para derribar fortalezas; ... y toda cosa alta que se

exalta contra el conocimiento de Dios". 2 Corintios 10:4, 5

Los dardos encendidos de Satanás son sugerencias contrarias a la voluntad de Dios para los miembros del cuerpo de Cristo. A menudo pueden parecer muy plausibles, y siempre son más agradables a la carne que la voluntad expresa de Dios. Si las aceptamos y nos dejamos gobernar por ellas, nos causan un grave daño como nuevas criaturas. Sin embargo, si esgrimimos la "espada del espíritu" para repeler y destruir esas sugerencias, saldremos victoriosos de cada escaramuza con el adversario.

Nuestro camino por la senda estrecha también está protegido por la Palabra. Pablo dice que nuestros pies están "calzados con la preparación del evangelio de la paz" (Efesios 6:15). El camino del cristiano suele ser accidentado y difícil. El adversario coloca piedras de tropiezo sobre las que podemos caer. La Palabra también habla de la "trampa del cazador" (Salmo 91:3). La protección de nuestros pies se conoce como el "evangelio de la paz". Esto indica que uno de los métodos de ataque de Satanás es atraernos hacia la contienda carnal y la controversia con quienes puedan oponerse a nosotros. Tal proceder puede resultar atractivo para la carne, pero es una trampa y una piedra de tropiezo para la nueva criatura. "Bienaventurados los pacificadores", dice la Palabra, "porque ellos serán llamados hijos de Dios". Mateo 5:9

Debemos tener nuestros "lomos ceñidos con la verdad", dice Pablo (Efesios 6:14). La función de un cinturón en la antigüedad puede compararse con la de un cinturón moderno. Esto sugiere que es un símbolo apropiado del servicio. Las cualidades

protectoras de la Palabra de Verdad dependen de que la mantengamos desinteresadamente, con amor. En otras palabras, debemos ser siervos fieles de la Verdad con la que hemos sido bendecidos. No podemos disfrutar de sus beneficios solo para nosotros mismos, sino que debemos usarlos fielmente para la bendición de los demás. De lo contrario, la “armadura completa de Dios” no permanecerá debidamente ajustada a nosotros, y tarde o temprano caeremos ante nuestros enemigos.

Siervos de la Palabra de Dios

El Señor nos asegura en nuestro texto inicial que la Palabra que sale de su boca no regresará a él vacía. Es importante recordar que él utiliza a su pueblo como siervos de su Verdad. Dios no proclama su Palabra desde su trono en el cielo, sino que la transmite a los corazones y las mentes de su pueblo a través de instrumentos humanos. Él inspiró a los profetas de la antigüedad para que registraran su plan en el Antiguo Testamento. Guió a Jesús en sus enseñanzas. El Espíritu Santo iluminó milagrosamente las mentes de los apóstoles para que sus sermones y escritos sirvieran para desarrollar aún más la Palabra que sale de la boca de Dios.

Pablo explica que, además de los siervos de la Palabra milagrosamente inspirados, el Señor también ha provisto pastores, maestros y evangelistas (Efesios 4:11). En un sentido aún más amplio, todo hijo consagrado de Dios es un siervo de su Verdad, pues “el espíritu del Señor Dios” está sobre todos ellos, ungiéndolos para este servicio (Isaías 61:1; Lucas 4:18; 1 Juan 2:27). El gran plan

de salvación que se esboza en su Palabra es la reconciliación con Dios de la raza humana, maldita por el pecado y moribunda. El plan se centra en Cristo Jesús, el redentor y Salvador. Pablo escribió que “Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo mismo”, y luego agrega que en este gran proyecto somos “embajadores de Cristo”. Para servir como embajadores de Cristo, el Señor nos ha dado “la palabra de la reconciliación”. 2 Corintios 5:19, 20

La parábola del sembrador

Es casi inconcebible que Dios utilice a siervos tan frágiles e imperfectos como instrumentos para dispensar su Palabra. Es maravillosamente reconfortante que Él nos diga que su Palabra no volverá a Él vacía, sino que cumplirá lo que a Él le place y prosperará en aquello para lo cual la envía. Nos regocijamos en esto, pero cuando, por su autoridad, proclamamos su Palabra, los resultados pueden parecer escasos. De hecho, con frecuencia puede parecer que no hay resultados en absoluto. Sin embargo, su Palabra también explica esto para nuestro aliento, mostrando que, aunque para nuestras mentes finitas nuestros esfuerzos puedan parecer inútiles, su Palabra sí cumple sus buenos propósitos.

Esta explicación se encuentra en la parábola del sembrador de Jesús (Mateo 13:3-8, 18-23). La semilla en esta parábola es la “palabra del reino”, o la Palabra de Dios. Es el gran plan de Dios para la reconciliación de la raza humana consigo mismo. Es el plan que alcanzará su gloriosa consumación cuando venga su reino y se haga su voluntad en la tierra así como en el cielo. El sembrador de esta

semilla representa a todo el pueblo consagrado y engendrado por el Espíritu del Señor. A ellos Dios les habla, diciendo: “Por la mañana siembra tu semilla, y por la tarde no retires tu mano; porque no sabes cuál prosperará, si esta o aquella, o si ambas serán igualmente buenas”. Eclesiastés 11:6

En la parábola, parte de la semilla sembrada cae junto al camino, y las aves se la llevan; parte cae en terreno pedregoso, donde la tierra es poco profunda; parte cae entre espinos; y parte cae en buena tierra. Solo la que cae en tierra buena da “fruto” hasta la madurez. Cuando proclamamos la Verdad y aparentemente no hay resultados, si recordamos la parábola, no nos desanimaremos. Esto demuestra que Jesús sabía de antemano que gran parte de los esfuerzos de su pueblo parecerían ser en vano.

Sin embargo, es cierto que, aunque nuestros esfuerzos con frecuencia parezcan desperdiciados, la Palabra de Dios no regresa a él vacía. Él no necesita nuestra ayuda para difundir su Palabra. Nos ha concedido este privilegio para que, al usarla fielmente, nosotros mismos seamos enriquecidos y fortalecidos a nivel espiritual. El profeta escribió: “Uno da generosamente y, sin embargo, gana aún más; otro retiene indebidamente, pero termina en la pobreza”. (Proverbios 11:24). Dios quiere que esparzamos las semillas de la Verdad para que sus poderes vivificantes aumenten en nuestras propias vidas, independientemente de cómo la reciban los demás. Esta es la manera en que Dios hace de la Palabra de Verdad la mayor bendición para nosotros.

Si somos obedientes a sus caminos, podemos estar seguros de que su Palabra, cuando la proclamemos

a los demás, no regresará a él vacía. Como se señala en la parábola, gran parte de la semilla que sembramos cae al borde del camino; es decir, la gente no entiende lo que les decimos. Aun así, sin embargo, recibimos una bendición. Al compartir la Verdad con los demás, esta se vuelve más poderosa en nuestras propias vidas. Es a través de la obediencia a la Palabra, incluyendo las instrucciones del Señor de proclamar el Evangelio “para el testimonio de Jesús”, que somos preparados para vivir y reinar con Cristo. Apocalipsis 20:4

Cuando sembramos la semilla de la Verdad, parte de ella cae en terreno pedregoso. La parábola indica que esto representa a aquellos que escuchan la Palabra con alegría, pero no pueden soportar la hostilidad y la persecución que resultan de abrazarla. Sí reciben alegría de la Verdad, aunque sea solo temporalmente, y esto es una bendición para ellos. Si bien no están preparados para entregar plenamente sus corazones al Señor en este tiempo, la recuerdan con alegría, y en la era venidera estarán listos para entrar en el “camino de la santidad”. Isaías 35:8

También hay quienes escuchan la Palabra de la Verdad, se regocijan en ella, progresan por un tiempo, pero permiten que las preocupaciones de esta vida y el engaño de las riquezas ahoguen sus vidas espirituales. La Palabra fue muy eficaz en sus corazones hasta que permitieron que las circunstancias de la vida ocuparan el lugar de su influencia sagrada. La Palabra de Dios es, en efecto, poderosa, pero Él no la usa para coaccionar las mentes de su pueblo. A través del ejercicio del libre

albedrío de quienes aceptan su Palabra, el Señor pone a prueba su fidelidad hacia Él y hacia sus leyes de justicia.

Por último, están los oyentes de la Palabra en los que la Verdad cae en “tierra buena”. Estos no solo responden al mensaje, sino que continúan progresando en su crecimiento espiritual, dando fruto “con perseverancia”. (Lucas 8:15) El crecimiento y el dar fruto de estos dependen de su aplicación diaria de la Palabra de Dios. Esta labor diaria de dar fruto en los corazones, las mentes, las palabras y las acciones de los consagrados se lleva a cabo, por lo tanto, también mediante la Palabra que sale de la boca de Dios.

No podemos guardar la Verdad para nosotros mismos y esperar recibir todos los ricos beneficios que contiene para nosotros. Nos alimentamos de la Palabra al compartirla con otros. Nos refresca al buscar “regar” a otros. El poder purificador de la Verdad en nuestras propias vidas es más eficaz cuando nos exhortamos unos a otros “al amor y a las buenas obras”. (Hebreos 10:24). La defensa de la Verdad contra los ataques de los diversos enemigos de la nueva criatura se fortalece enormemente cuando juntos “luchamos con ahínco por la fe que una vez fue entregada a los santos”. Judas 1:3

La “locura de la predicación”

Pablo habla de la obra de Dios que se lleva a cabo mediante la “locura de la predicación”. (1 Corintios 1:21) Esta predicación no se limita a dar una conferencia desde un púlpito. Todos los hijos de Dios fieles y consagrados participan en ella en la

medida en que permiten que la Palabra irradie de sus labios y de su vida. Desde el punto de vista humano, bien podría parecer una locura que una obra tan poderosa pudiera realizarse de una manera aparentemente tan ineficaz. La razón por la que se puede hacer es porque Dios da “el crecimiento”. 1 Corintios 3:6

La obra de Dios en la preparación para el reino se describe simbólicamente en Isaías 51:16: “para que yo pueda plantar los cielos y sentar los cimientos de la tierra”. Los “cimientos de la tierra” a los que se hace referencia aquí son la fase terrenal del reino de Cristo, bajo la dirección de los antiguos dignatarios resucitados. Ellos fueron preparados para esta posición de honor mediante su obediencia a la Palabra de Dios, tal como les fue revelada en épocas pasadas. Los “cielos” simbolizan la fase espiritual del reino, compuesta por Jesús y su iglesia. Desde el Pentecostés, estos también han sido preparados para sus posiciones de gloria mediante la obediencia a la voluntad de Dios, tal como se expresa a través de su Palabra.

Jesús dijo en la consagración a su Padre: “He aquí, vengo (en el rollo del libro está escrito acerca de mí) para hacer tu voluntad, oh Dios” (Hebreos 10:7; Salmo 40:7). Fue su fidelidad a este pacto lo que lo calificó para ser el Rey de reyes y Señor de señores. Así, fue la Palabra de Dios registrada por los profetas la que preparó y santificó al Maestro, apartándolo para la posición santa y honrada que ocupa a la “diestra de Dios” (Colosenses 3:1; Hebreos 12:2). En nombre de sus seguidores, Jesús oró: “Santifícalos en tu verdad”, y luego añadió: “Tu palabra es verdad”. Juan 17:17

Para que la Palabra de Verdad cumpla este propósito divino de establecer los nuevos cielos, debe transmitirse de uno a otro entre su pueblo dedicado. Dios no la graba en los cielos para que todos puedan leerla. Se la entregó a los profetas, a Jesús y a los apóstoles, por el poder de su espíritu, y nosotros la recibimos de ellos y seguimos transmitiéndola unos a otros. Siendo este el designio del Señor, comprendemos plenamente el significado de la declaración de Dios cuando, por medio del profeta, dijo: “He puesto mis palabras en tu boca, y te he cubierto con la sombra de mi mano, para plantar los cielos y sentar los cimientos de la tierra, y decir a Sion: Tú eres mi pueblo”. Isaías 51:16

También debemos tener la Palabra en nuestro corazón, pero no debe permanecer oculta allí. Para que sea verdaderamente eficaz en nuestras vidas, también debe estar en nuestros labios. Así fue con Jesús, a quien se le representa proféticamente diciendo: “He predicado la justicia en la gran congregación; he aquí, no he refrenado mis labios; oh Señor, tú lo sabes. No he ocultado tu justicia en mi corazón; he anunciado tu fidelidad y tu salvación; no he ocultado tu misericordia y tu verdad a la gran congregación”. Salmo 40:9, 10

Es una reflexión que nos llena de humildad darnos cuenta de que la Palabra de Dios —que Él mismo declara que no regresará a Él vacía— puede transmitirse a través de nosotros, y así será si somos fieles al encargo que se nos ha encomendado por medio de la unción del espíritu. Qué reconfortante es saber que, aunque nuestros esfuerzos sean débiles y hablemos con lenguas

titubeantes, la Palabra cumplirá el buen placer del Señor. Isaías 28:11

Muy pronto la obra de la era actual se completará con éxito. Quizás ahora no podamos ver exactamente qué ha logrado nuestra parte en esta labor de amor, pero más allá del velo descubriremos que la Palabra de Dios, pronunciada por nuestros labios imperfectos, contribuyó de alguna manera al esfuerzo total; que las palabras que pronunciamos para glorificar a nuestro Dios fueron bendecidas por él para fortalecer a otros en el camino estrecho y para enriquecer sus vidas espirituales.

Esa misma Palabra, al ser comunicada para la reunión y edificación de la iglesia, ha servido como testimonio ante el mundo (Mateo 24:14). De esta manera, también cumple la voluntad de Dios. A veces, podemos pensar que nuestros esfuerzos son en vano, pero eso es solo porque no siempre nos damos cuenta de que los caminos del Señor son más elevados que los nuestros, y sus pensamientos más elevados que los nuestros (Isaías 55:8, 9). Es posible que la Palabra de Dios, tal como la proclamamos bajo su autoridad, no logre lo que nos gustaría ver, pero podemos estar seguros de que logrará lo que a Él le agrada. En esto podemos regocijarnos. Sobre la base de esta seguridad, esfuércense por despojarse cada vez más de sí mismos y llenarse de su Palabra. Dejen que los llene de tal manera que rebose de sus corazones y labios para bendición de los demás y para la gloria de Dios.